



# NOVELAS EJEMPLARES

*adaptación de Rosa Navarro Durán*

CLÁSICOS  
PARA  
ESTUDIANTES



edebé

# ÍNDICE

---

## *Novelas ejemplares de Miguel de Cervantes*

PRÓLOGO AL LECTOR 7

LA GITANILLA 11

EL AMANTE LIBERAL 49

RINCONETE Y CORTADILLO 77

LA ESPAÑOLA INGLESA 105

EL LICENCIADO VIDRIERA 134

LA FUERZA DE LA SANGRE 151

EL CELOSO EXTREMEÑO 167

LA ILUSTRE FREGONA 196

LAS DOS DONCELLAS 240

LA SEÑORA CORNELIA 276

EL CASAMIENTO ENGAÑOSO 311

COLOQUIO DE LOS PERROS 323

ESTUDIO DE LA OBRA Y ACTIVIDADES 359

EL AUTOR Y SU OBRA 361

1. El autor 363

2. La obra: las *Novelas ejemplares* 365

## ACTIVIDADES DIDÁCTICAS 371

### 1. Preguntas para la comprensión y el análisis de la obra 371

1.1. La gitanilla 371

1.2. El amante liberal 372

1.3. Rinconete y Cortadillo 374

1.4. La española inglesa 375

1.5. El licenciado Vidriera 376

1.6. La fuerza de la sangre 375

1.7. El celoso extremeño 376

1.8. La ilustre fregona 377

1.9. Las dos doncellas 377

1.10. La señora Cornelia 378

1.11. El casamiento engañoso 379

1.12. Coloquio de los perros 380

### 2. En versión original 381

2.1. El encuentro de los dos pícaros 382

2.2. El fin del celoso extremeño 382

# PRÓLOGO

---

*Si* me hubiera gustado, queridísimo lector, no escribir este prólogo porque no me fue tan bien con el que puse a mi *Don Quijote* para que me queden ganas de escribir este otro. Hubiera sido mejor que un amigo mío escribiera, debajo del retrato que me hizo Juan de Jáuregui, lo siguiente: «Este que veis aquí, de rostro aguileño, de alegres ojos y nariz corva, aunque bien proporcionada; este que tiene las barbas de plata, los bigotes grandes, la boca pequeña, los dientes ni menudos ni grandes porque solo tiene seis y mal puestos pues no se corresponden los unos con los otros; este que no es ni alto ni bajo, más blanco que moreno, algo cargado de espaldas y no muy ligero de pies; este es el rostro del autor de *La Galatea* y de *Don Quijote de la Mancha* y del que hizo el *Viaje del Parnaso*, y otras obras que andan por ahí descarriadas y, quizá, sin el nombre de su dueño. Se llama Miguel de Cervantes Saavedra. Fue soldado muchos años, y estuvo cautivo cinco años y medio, y allí aprendió a tener paciencia en las adversidades. Perdió, en la batalla naval de Lepanto, la mano izquierda de un tiro de arcabuz; y la herida, aunque es fea, a él le parece hermosa porque se la hicieron en la ocasión más memorable que vieron los siglos pasados y esperan ver los venideros, y fue luchando bajo las banderas vencedoras de Juan de Austria, hijo del rayo de la guerra, Carlos V, de feliz recuerdo».

Como ese amigo mío no escribió esto, no me queda a mí más que valerme de mi pico. Y así te digo, lector amable, que te ofrezco estas novelas, donde a veces encontrarás palabras amorosas, pero todas razonables y honestas y que no podrán provocar malos pensamientos a aquellos que las lean. Las he llamado «ejemplares», y si te fijas bien, no hay ninguna en la que no puedas encontrar algún ejemplo provechoso. Y si no fuera porque me alargaría demasiado, te podría mostrar el fruto que se puede sacar de cada una y de todas ellas.

He querido ofrecer a todos un entreteniminetto que no haga daño ni al alma ni al cuerpo, porque divertirse de forma honesta y agradable aprovecha y no daña. Es necesario tener horas de recreación para poder descansar, y para ello se plantan las alamedas, se buscan las fuentes escondidas, se allanan las cuestas y se cultivan los jardines.

Y me atrevo a decirte que, si la lectura de estas novelas pudiera llevar de alguna manera a algún mal deseo o pensamiento, antes me cortaría la mano con que las escribí que hacerlas públicas. Mi edad no está ya para burlarse de la otra vida, porque paso de los cincuenta y cinco con nueve años y algo más.

A esto me he dedicado con mi ingenio, y puedo decir que yo soy el primero que he novelado en lengua castellana, porque las muchas novelas que andan impresas son todas traducidas de lenguas extranjeras, y estas, en cambio, son propiamente mías, ni imitadas ni robadas; mi ingenio las imaginó, y las escribió mi pluma.

Después de ellas, si la vida no me abandona, te ofreceré los *Trabajos de Persiles*, libro que quiere competir con el gran escritor griego Heliodoro, a menos que, por atrevido, no salga con las ma-

nos en la cabeza. Y primero verás la segunda parte de las hazañas de don Quijote y los donaires de Sancho Panza, y después las *Semanas del jardín*.

Mucho prometo, ¡con las pocas fuerzas que tengo! Pero ¿quién pondrá freno a los deseos? Si me he atrevido a dedicar —como hago— estas novelas al gran conde de Lemos, ¡algún misterio tienen escondido que las lleva a volar tan alto!

No te digo más, sino que Dios te guarde, y a mí me dé paciencia para llevar bien lo malo que han de decir de mí más de cuatro listos y engreídos. Vale.



## LA GITANILLA

---

**P**arece que los gitanos y gitanas nacieron para ser ladrones: nacen de padres ladrones, se educan con ladrones, estudian para ladrones y, por fin, logran ser ladrones cuando tienen ocasión; y la gana de robar y el mismo robar son inseparables de ellos, de tal forma que no los dejan más que con la muerte.

Una gitana vieja, maestra en el arte de robar, crió a una muchacha como si fuera nieta suya. Le puso el nombre de Preciosa y le enseñó todas sus gitanerías, embustes y artes del hurtar.

Salió Preciosa la mejor bailadora de todos los gitanos y la más hermosa y discreta entre ellos y entre todo el mundo. Ni los soles ni los aires ni las inclemencias del tiempo pudieron quitarle la blancura de la cara ni curtir sus manos; y más aún, a pesar del mal ambiente en el que se criaba, ella no parecía gitana porque era muy educada y hablaba y razonaba muy bien. Es verdad que era un poco atrevida, desenvuelta, pero muy honesta, de tal modo que ni las gitanas se atrevían a cantar delante de ella canciones groseras ni a decir tacos.

La abuela se dio cuenta del tesoro que tenía en la nieta y decidió enseñarle a vivir por su cuenta. Preciosa aprendió un montón de cancioncillas, coplas y romances, que cantaba con una gracia especial, porque su astuta abuela sabía muy bien que tales cantos



con la mucha belleza y los pocos años de su nieta iban a ser un anzuelo para aumentar el dinero que guardaba; de tal forma que se espabiló para encontrar poetas que le escribieran esos poemillas para que su nieta los cantase, y no le fue difícil porque el hambre de algunos de ellos le ayudó.

Se crió Preciosa en diversas partes de Castilla, y cuando tenía quince años, su abuela la llevó a Madrid, a la corte. Los gitanos acampaban en los campos de Santa Bárbara, al norte de la ciudad, porque sabían bien que en la corte todo se compra y todo se vende.

Entró en Madrid el día de santa Ana, patrona de la ciudad, y lo hizo bailando con otras gitanas; iban ocho, cuatro ancianas y cuatro jóvenes, y un gitano, un gran bailarín, que las guiaba. Y aunque todas iban limpias y bien vestidas, Preciosa destacaba entre ellas, y todos los ojos la seguían a ella. ¡Y no digamos cuando, además de bailar, cantó! Ahí sí que corrió por todas partes la fama de la gracia de la gitanilla.

Delante de la imagen de santa Ana, en la iglesia de Santa María, bailaron las gitanas, y después, Preciosa cantó un romance a la santa. Lo hizo tan bien que unos decían:

—¡Que Dios bendiga a la muchacha!

Y otros:

—¡Lástima que esa mozuela sea gitana! ¡Merecería ser hija de un gran señor!

E incluso se atrevían a decir:

—Dejen que crezca esa gitanilla y verán cuántos corazones va a pescar.

Todo el mundo comentaba lo hermosa que era, lo bien que bailaba, la gracia que tenía.

A los quince días volvió Preciosa a Madrid con otras tres gitanillas, con bailes y cantos nuevos. Nunca se apartaba de ella la gitana vieja, que andaba siempre vigilándola. Se pusieron a bailar a la sombra en la calle de Toledo, y enseguida se hizo a su alrededor un gran corro.

Mientras bailaban, la vieja pedía limosa, y llovían las monedas porque la hermosura también tiene fuerza para despertar la caridad dormida.

Al acabar el baile, dijo Preciosa:

—Si me dan cuatro cuartos, les cantaré un romance yo sola, lindísimo, que habla de cuando en Valladolid la reina Margarita fue a misa a San Lorenzo para dar las gracias a Dios por haber dado a luz al príncipe Felipe.

Casi todos los que estaban en el corro le dijeron a gritos:

—¡Cántalo, Preciosa! ¡Aquí van mis cuatro cuartos!

Y cayeron los cuartos como granizo, de tal manera que la vieja no daba abasto a cogerlos. Luego Preciosa, acompañándose de unas sonajas, cantó el romance prometido:

Salió a misa de parida  
la mayor reina de Europa,  
en el valor y en el nombre  
rica y admirada joya.

Más de doscientas personas la estuvieron escuchando y al final, como una sola voz, dijeron todos:

—¡Vuelve a cantar, Preciosica, que no faltarán cuartos para que lo hagas!

Mientras la gitanilla cantaba, pasó por allí uno de los tenien-

tes de alcalde de Madrid y, al ver tanta gente junta, preguntó qué pasaba, y le respondieron que estaban escuchando a la gitanilla hermosa que cantaba.

Se acercó el teniente, que era curioso, y escuchó un rato sin atreverse a quedarse hasta el final del romance porque no le parecía que fuese adecuado a su cargo. Pero, como le gustó mucho oírla, mandó a un paje suyo para que dijera a la gitana vieja que al anochecer fuese a su casa con las gitanillas porque quería que su mujer, doña Clara, las oyera cantar.

El paje hizo lo que le mandó su señor, y la gitana vieja le dijo que sí irían.

Acabaron el baile y el canto, y se fueron a otra parte. Y en esto se acercó a Preciosa un paje muy bien vestido y, dándole un papel doblado, le dijo:

—Preciosica, canta el romance que aquí va porque es muy bueno, y yo te daré otros de cuando en cuando para que seas la más famosa romancera del mundo.

—Lo aprenderé de muy buena gana —respondió Preciosa—, y no deje, señor, de darme los romances que dice, siempre que sean honestos. Y si quiere que se los pague, lo haré por docenas: a docena cantada, docena pagada, ¡no imagine que voy a pagarle por adelantado!

—Si me das para papel, Preciosa, estaré contento —dijo el paje—. Y si algún romance no me sale bien, no entra en la cuenta.

Las gitanas se fueron calle adelante, y desde una reja unos caballeros las llamaron. Se asomó Preciosa a la reja, que era baja, y vio en una sala bien puesta y muy fresca unos caballeros que se entretenían, unos paseando y charlando, y otros jugando a diversos juegos.

—Entren, entren las gitanillas —le dijeron unos caballeros, que ya sabían lo bien que bailaban.

—Si tú quieres entrar, Preciosa —le dijo una de las tres gitanillas que iban con ella—, entra en hora buena; que yo no pienso ir donde hay tantos hombres.

—Mira, Cristina —respondió Preciosa—, de lo que te has de guardar es de un hombre solo y a solas, y no de tantos juntos. Y ten en cuenta, Cristinica, una cosa: que la mujer que quiere ser honrada puede serlo aunque esté en medio de un ejército de soldados. Es cierto que es bueno huir de las ocasiones, pero ha de ser de las secretas y no de las públicas.

—Entremos, Preciosa —dijo Cristina—, que tú sabes más que un sabio.

Nada más entrar Preciosa, un caballero vio el papel que guardaba junto al escote del vestido y, acercándose a ella, se lo cogió. La gitanilla protestó diciéndole:

—No me lo quite, señor; que es un romance que me acaban de dar y todavía no lo he leído.

—¿Y sabes tú leer, hija? —preguntó otro caballero.

—Y escribir —contestó la vieja—; que a mi nieta la he educado yo como si fuera hija de hombre de letras.

Abrió el caballero el papel y vio que venía dentro de él un escudo de oro y le dijo:

—¡Preciosa, esta carta trae el pago del porte dentro! Toma este escudo que viene con el romance.

—¡Me ha tratado de pobre el poeta! —dijo la gitanilla—. Pues es más milagroso que un poeta me dé un escudo que yo cogerlo. Si vienen así acompañados, puede copiarme todos los romances del *Romancero general*, y enviármelos uno a uno; que yo

les tomaré el pulso, y si vienen duros, seré yo blanda para recibirlos. Lea, señor, lea en voz alta el poema y veremos si el poeta es tan bueno como generoso.

Y el caballero empezó a leer:

Gitanica, que de hermosa  
te pueden dar parabienes;  
por lo que de piedra tienes  
te llama el mundo Preciosa.

Y terminó así:

Preciosa joya de amor,  
esto humildemente escribe  
el que por ti muere y vive,  
pobre, aunque humilde amador.

—En «pobre» acaba el último verso —dijo entonces Preciosa—, ¡mala señal! Nunca los enamorados han de decir que son pobres, porque me parece a mí que, al comienzo, la pobreza es muy enemiga del amor.

—¿Quién te enseña eso, muchacha? —le preguntó uno de los caballeros.

—¿Quién me lo ha de enseñar? —respondió Preciosa—. ¿No tengo yo alma? ¿No tengo ya quince años? Y no soy boba. Las gitanas aprenden antes que las demás gentes. No hay gitano tonto, ni gitana boba, porque para vivir tienen que espabilarse.

Los caballeros quedaron asombrados del ingenio y de la sensatez de Preciosa, y todos dieron dinero a la vieja, que recogió a

sus gitanillas y se fue con ellas a casa del teniente de alcalde diciendo a aquellos señores que otro día volverían.

Doña Clara, que sabía de su visita, las estaba esperando acompañada de una señora vecina suya y de sus criadas. Nada más entrar las gitanas en la casa, todo el mundo miró solo a Preciosa, que brillaba entre ellas como la luz de una antorcha.

Y la dama, admirada de su belleza, decía:

—¡Este sí que puede llamarse cabello de oro! ¡Estos sí que son ojos de esmeralda!

La señora vecina suya exclamó al ver un hoyito que Preciosa tenía en la barba:

—¡Ay, qué hoyo! En este hoyo han de tropezar los ojos que la miren.

Un viejo criado de la casa, de barba blanca y muchos años, que lo oyó, dijo:

—¿A ese lo llamáis hoyo, señora? Pues yo sé poco de hoyos o ese no es hoyo, sino sepultura de deseos vivos. ¡Por Dios, qué linda es la gitanilla! ¿Sabes decir la buenaventura, niña?

—De tres o cuatro maneras —respondió Preciosa.

—¡Por vida de mi marido, que me la has de decir, niña de plata y niña de perlas y niña del cielo, que ya no puedo decir más! —le pidió doña Clara.

—Denle, denle la palma de la mano a la niña —dijo la vieja— y algo para que les haga la cruz y verán cuántas cosas les dice, porque sabe más que un médico.

Metió la mano en el bolsillo la señora teniente y vio que no tenía moneda alguna. Pidió a sus criadas, y tampoco tenían nada, y le pasó lo mismo a la señora vecina. Ni el viejo criado, Contre-ras, tenía ningún cuarto para dar a la gitanilla.

Entonces a una de las criadas se le ocurrió preguntar a Preciosa:

—Niña, ¿se puede hacer la cruz con un dedal de plata?

—Con dedales de plata, si son muchos, se hacen las cruces mejores del mundo —le contestó ella.

—Solo tengo uno —dijo la doncella—, pero si este basta, aquí lo tienes siempre que me digas también a mí la buenaventura.

—¡Por un solo dedal tantas buenaventuras! —dijo la gitana vieja—. ¡Nieta, acaba pronto, que se hace de noche!

Preciosa cogió el dedal y con él hizo la cruz en la mano de la señora Clara y le dijo:

Hermosita, hermosa,  
la de las manos de plata,  
más te quiere tu marido  
que el rey de las Alpujarras.

Y siguió hablándole del genio que tenía y de cómo enseguida se le pasaban los enfados, y de que tendría una hija rubia y un hijo canónigo. Le anunciaba unas cosas, y enseguida las contrarias, hasta acabar diciendo:

Cosas hay más que decirte;  
si para el viernes me aguardas,  
las oirás, que son de gusto,  
y algunas hay de desgracias.

Todas quisieron entonces saber la suya, pero Preciosa les dijo que el viernes volvería, y ellas le prometieron que ese día tendrían reales para que hiciera las cruces en todas las manos.